El mismo respeto es una barrera muy dèbil cuando el pueblo esta *unido* y se trata de un *grave interes* suyo. Este no permite decidir, y si se cede, es solo por momentos, porque la union inspira *valor*. En la antigua repùblica romana en tiempo en que el senado era un colegio de hèroes ¿cuantas veces se atumultó la plebe, sin que el respeto que tenia à los senadores fuese bastante à contenerla? Si ella volvia despues à su deber era à esfuerzos de los tribunos y cónsules por los privilegios que conseguia sobre aquellos, por las prerogativas que alcanzaba, y por la distribucion de terrenos quitados à los enemigos, de los que ella se hacia participar à fuerza de sus instancias.

Ultimamente, para que los magistrados se hagan respetar del pueblo, deben ellos mismos hacerlo formar una buena opinion de sí mismos, y este medio la sociedad no puede emplearlo sobre esta clase distinguida de ciudadanos. ¿Luego por esto acaso sus pasiones no serán mas peligrosas para la felicidad pública, que aquellas del pueblo?

CAPITULO XI.

INSUFICIENCIA DE LA OPINION QUE DE NOSOTROS PUEDAN TENER LOS OTROS.

El hombre no se guia solamente por la opinion que se forma èl de los otros, es tambien muy sensible à aquella que se forman los otros de *él*. El desea que el pùblico piense y hable bien de él y se entristece cuando llega à saber que se habla ó se piensa de él *siniestramente*.

La *soberbia* es la que hace al hombre sensible à la opinion de sus semejantes. La buena idea del pueblo es un público y solemne *testimonio* que recibimos de nuestro *mèrito*, tal que mirandonos con los ojos de los otros, contemplamos en nosotros mismos una cosa perfecta, y esta contemplacion nos lisongea y nos hace existir en un continuo placer. A veces conocemos que interiormente somos muy diversos de aquello que nos pinta la opinion pùblica: esta reflexion nos amarga, pero no nos dura, porque somos muy prontos para desecharla y voltear otra vez nuestros ojos à mirarnos con los de los otros.

Pasa adelante el amor propio y nos hace creer que la buena opinion que tienen otros de nosotros, y el aprobar y alabar nuestra conducta, sea una tàcita *confesion* de una cierta *superioridad* y *singularidad*. Y esta es otra complacencia muy grande para la soberbia de que estamos como empastados ò revestidos.

Por las razones contrarias nos aflige mucho, cuando la opinion pública de los otros es *desventajosa* en órden à nosotros.

En la buena opinion del pueblo consiste la *gloria* y el *honor*; y en la mala opinion la *infamia* y el *deshonor*. No podemos ni siquiera dudar que el amor de aquella y el temor de esta, son dos resortes muy poderosos para el corazon del hombre; pero es necesario calcular su fuerza con un examen meditado.

Las grandes empresas que han hecho de tiempo en tiempo, y hacen hasta el dia cambiar à la tierra de aspecto, han sido en gran parte originadas del *amor à la gloria*. En segundo lugar: entre un ciento de ciudadanos, apenas se encontrarà uno, el cual no se averguence de hacer en pùblico una cosa que sea contraria à la buena opinion del mismo pùblico. Si lo que se hace en público se viste con una cierta *decencia*; si se usa de cierta *moderacion* para conversar; si se reprimen ciertos *apetitos estraños*, todo esto se hace en fuerza del temor de la *infamia*. En tercer lugar: el *punto de honor* es causa de que se haga mucho *bien* que no se haria por otros motivos, y el temor de perderlo hace al hombre abstenerse de obrar mucho *mal*, que sin este *punto* lo pondria en *acto*. Es muy digno de observacion el que la influencia saludable que en la sociedad tiene este medio, es mucho mas *amplia*, que no la de las leyes civiles. Pero atiendase á lo que vamos à esponer.

La moralidad de las acciones descanza sobre la base de la naturaleza, tal que ni aun Dios puede hacer que el mal se haga bien, ni este mal. Anteriormente dejamos demostrada esta proposicion. Pero tam-

bien es fuera de duda, el que las nociones morales pueden muy bien corromperse en la mente de los hombres, que es decir, que la opinion del hombre sobre la moralidad de las acciones, puede variar de modo que se ponga en abierta contradiccion con el *bien social*. Tambien esta otra conclusion la hemos ya probado. De ambas se infiere por consecuencias legítimas, el que la *alabanza* y el *blason* de que es *reguladora* la opinion pùblica puede variarse, y que los hombres pueden hacer materia de *gloria* y de *honor* hoy lo que ayer era materia de *deshonor* y de *infamia*, y que en un mismo tiempo los habitadores de un pais pueden mirar con horror aquellas acciones ó pràcticas que los de otro tengan en el mayor respeto.

Entre nosotros se juzga por infame al ladron, y entre los antiguos *espartanos* colmaban de alabanzas à aquel que ejercitaba el hurto con destreza. Un siglo antes que el nuestro, las mugeres se guardaban con tanto celo en toda la Europa que cuando les sucedia alguna desgracia, los parientes no creian salvo el *punto de honor*, sino con la muerte del ofensor: la opinion actual inspira una grande *indiferencia* por esta suerte de *injurias* que han tomado el nombre de *galanterìa*, y es burlado un marido que se queje de haber perdido el *honor*. Los paganos habian pervertido la naturaleza, hasta el estremo de hacer consagrar por la religion las mas mostruosas opiniones que ellos se habian formado á su modo de la moral. El adulterio, el hurto, la venganza, en una palabra todos los *delitos* y todos los *vicios*, sin escluir ni los mas infames, fueron *deificados* à fin de hacerlos dignos de estimacion y de alabanza. No acabaria jamas si quisiese referir menudamente cuanto entre las mismas naciones modernas se diferencian entre sí las opiniones morales; pero si serà muy interesante à la obra, el investigar ¿por què las opiniones públicas que pertenecen á cosas de *pràctica* son tan sujetas à tanta variacion?

Parece esto à primera vista imposible siempre que las opiniones ya establecidas, sean conformes á la *razon*, à las *leyes civiles* y al *interes* de la *sociedad*; pues

sucede con mucha frecuencia y no es dificil el descubrir para ello la razon.

Una opinion favorable al *bien pùblico*, viene á *limitar* al de los *privados*, y por esto à ser para ellos de *incomodidad*. Por lo cual cada uno hace un continuo *esfuerzo* en contra de ella, y en lugar de sujetarse y modificarse el hombre en conformidad de la opinion, procura que se acomode ò modifique la opinion segun conviene à su particular interes. Con el continuo y largo contraste, la opinion se va debilitando poco á poco, y finalmente obligada à ceder, va cambiando paulatinamente de forma, hasta que toma aquella que quiere darle el amor propio.

A esta depravacion estàn espuestas las leyes de la naturaleza, las cuales son contenidas en la razon, sujetas à los artificios del amor propio. Las leyes civiles están al cubierto de este defecto, asi porque estando *escritas* no pueden variar su tenor, como tambien porque en lugar de ser abandonadas à la voluntad de la multitud, se hacen, se custodian y se interpretan por la *razon pùblica*, representada en el prìncipe, cuyas pasiones personales no son por ellas incomodadas. Que si las leyes civiles fuesen dejadas á discrecion del pueblo, es fuera de toda duda que cada uno para sí tendria nn *còdigo nuevo*, y que todas las leyes se harian servir à las opiniones dominantes del *tiempo*. Por esta razon, luego que se muda la opinion que es la que rige las costumbres, la ley se hace no solo *inùtil*, sino *nociva*, y por esto entre otros muchos motivos, los sabios han advertido que despues de un cierto periodo de tiempo es necesario cambiar las leyes.

Por una cierta debilidad natural, los hombres no se aflijen, ni se les da cuidado de que se cambien las leyes, cambiando ellos de opiniones. No debe causar maravilla de que sean *inconsecuentes*, pues aman el serlo, segun conviene à sus diversos intereses. En verdad que si las pasiones desean el ser apagadas; la *razon* tambien quiere ser escuchada, y pide con instancia su parte, y hasta tanto que no la obtiene, no cesa

jamas de gritar y de reclamar y remorder. ¿Y qué hace el amor propio para tener en *concordia* à la razon y à las pasiones? Introduce dos còdigos, el uno muerto y el otro vivo; aquel para apagar à la razon, y este para contentar á las pasiones; el primero recto, puro, invariable, todo aquello que querais; el segundo justo ó injusto no importa, variable segun que predomina ya una, ya otra pasion. El código muerto es el de las leyes, asi naturales como civiles: el código vivo es la opinion vigente: aquel se admira y se alaba; pero en la pràctica se observa el segundo.

Con semejante artificiosa duplicacion de reglas, el amor propio llega à conseguir una tal cual tranquilidad: hace en virtud de ella todo lo que le agrada, bajo los auspicios de la opinion vigente. En el momento despues que callando por cansadas las pasiones, levanta su tribunal la razon, da una ojeada sobre las leyes; pero encontrandolas conformes con su gusto, no demanda nada sobre ellas, y esta es la razon por qué los pueblos mas corrompidos son tan celosos de la integridad de las leyes, y por qué estos tienen unas leyes las mas severas.

Luego en virtud de lo que dejamos asentado, debemos concluir con que los hombres tienen el gran secreto de convertir aquello que es digno de alabanza en vituperio; y al contrario, aquello que merece vituperio en alabanza; resultando de todo esto el que la opinion pública como es fuente de bienes, puede ser del mismo modo causa de los mayores males.

CAPITULO XII.

CAUSAS QUE SUELEN HACER VARIAR LA PUBLICA OPINION.

Convendrá mucho el que brevemente tratemos de las causas que influyen mas ordinariamente à hacer variar la opinion pùblica.

La *primera* es el *comercio* con los pueblos, cuyas costumbres y leyes son diversas de las nuestras. Los hombres naturalmente se disgustan y enfadan de lo

que ven y de lo que practican *habitualmente*. La novedad tiene grandes atractivos, y somos demasiadamente inclinados à la *imitacion* los unos de los otros. Por esta poderosa razon, el comerciar con pueblos de costumbres y de leyes diversas, debe influir mucho en las opiniones, como influye mucho en variar el lenguage, el trato y el vestido. Es observacion que han hecho los mismos escritores latinos, de que los romanos sujetaron mas naciones introduciendo en ellas bajo el pretesto de civilizarlas sus costumbres, que con la fuerza de las armas.

Otra causa es el *progreso* del espíritu humano en las artes y en las ciencias, entendiendo por *progreso* el simple avanzarse de un grado en otro, prescindiendo si sea en *mejor* ò en *peor*. En su camino siempre el espíritu del hombre toma nuevas maneras de pensar, segun los diversos objetos que se le van presentando por delante. Cuando se encuentra engolfado en la *superstición*, sus opiniones llegan hasta hacerse feroces. Cuando se halla subyugado de una inclinacion ciega á la *poesia*, à la *musica*, à la *pintura*, sus opiniones fomentan la *voluptuosidad*. El estudio de la *filosofia*, si esta es *sana*, corrije las malas inclinaciones, pero ama el *egoismo*: si aquella es *corrompida*, corrompe las costumbres. La suma *cultura* y la suma *barbarie*, hacen sobre el espíritu humano los mismos efectos que el sumo frio y el sumo calor sobre los cuerpos. En el tiempo de la guerra civil entre los vitelianos y los otonianos la cultura romana estaba en la mayor perfeccion; y no obstante esto, las crueldades que cometieron dentro de la misma Roma los soldados de ambos partidos, y el bàrbaro placer que tomaba el pueblo en ver lidiar los unos contra los otros, y correr á rios la sangre de sus mismos ciudadanos, como los insultos con que se jugaba aun con los mismos moribundos, y la codicia con que se robaban las armas, y los despojos de los combatientes que caian en la accion, no puede leerse en Tàcito sin admirarse y confundirse, convenciendo este solo hecho que ni aun los mas bàrbaros pueblos cometieron tales escesos, como los ciudadanos de la culta Roma. Los deli-

cadisimos, y voluptuosisimos parisienses nos han dado en nuestros dias los mismos *ferales espectàculos*, para no dejarnos dudar de la triste verdad que hemos asentado.

Otra *tercera causa* es algun *grande accidente* que produzca una gallarda impresion en el pueblo, y deje en èl profundisimas y violentas sensaciones. *El odio de la monarquia y el obstinado amor de la libertad* por quien los romanos hicieron tantos prodigios fueron efecto de la atroz muerte de *Lucrecia*.

Se encuentra tambien otra *cuarta* causa en algun *hombre estraordinario*, el cual con su conducta y con su elocuencia haya sabido atraerse à sí los ánimos. La virtud apenas cuenta un *Pitàgoras* y un *Sócrates*; pero facinerosos que hayan cambiado las opiniones de los preblos se cuentan en un gran nùmero. Dos ó tres malvados de primer òrden han sido en nuestro tiempo los incendiarios de la Francia.

Puedese igualmente agregar una *quinta causa* en la *fuerza*, no ya con accion directa sino indirectamente, removiendo de los sentidos todos los objetos propios y adecuados para sostener la opinion que se quiere destruir en el pueblo, y sustituir à ellos otros signos que representen con viveza las nuevas opiniones.

Regularmente una opinion no es tan general que no tenga otra contraria, de la que incesantemente es combatida. Por ejemplo, la opinion general en una nacion concede su estimacion à la *castidad*; pero todos aquellos que estàn sumergidos en la *disolucion* tienen el mayor interes de que se piense de diverso modo, y para esto se burlan de los que abrazan aquella virtud, y aplauden grandemente á los que siguen las banderas del amor carnal.

Por lo cual, despues de todas estas reflexiones, debemos concluir con que la *fuerza* de la *opinion pública* es regularmente mas *nociva* que *útil à la sociedad*. La grande obra de la *politica* seria que la opinion de los individuos estuviese siempre de acuerdo con las leyes, y que se destruyesen las causas que la hacen *variar*. Pero esto no està en manos de los hombres.

CAPITULO XIII.

COMO LAS PASIONES POR LO COMUN VENCEN LA OPINION PUBLICA.

Ponièndose en oposicion las pasiones de los privados con la opinion pública que vela en la custodia de las leyes, por lo comun la victoria es de las primeras, mediante el análisis que hace el amor propio de la *gloria* y de la *infamia*, aguzándole la vista su actual interes.

¿Qué cosa es el *oirse alabar*? Es una sensacion muy agradable que lisongea por un *momento la soberbia*, è inmediatamente se desaparece. ¿Añade alguna cosa al hombre? El queda con las mismas necesidades que antes. Por tanto, pasada aquella primera embriaguez que transportándolo con un subitaneo ímpetu fuera de sí, no le dá tiempo de reflexionar, él vuelve con el pensamiento sobre su *estado actual*, y sintiendo su necesidad debe procurar satisfacerla. Asi el placer de la *alabanza* por lo comun, queda debajo de la *fuerza* de la pasion contraria al bien pùblico.

Tambien la hace crecer siendo propio de quien es alabado, el creerse merecedor de todo. Cuando uno se oye aplaudir por alguna parte, ¿què es lo que sucede en èl? Pretende luego como por derecho que queden satisfechos todos sus apetitos, y se enoja tácitamente contra los hombres, de suerte que no dándole todo cuanto quiere cree que le hacen la mayor injusticia. En verdad que él es el injusto; pero su error es una consecuencia de la pública estimacion que èl goza.

Luego si la alabanza por sì misma no dà nada de *real*, y si antes irrita las pasiones, ¿còmo podrà vencerlas en su fuerte contraste?

Establezcamos por màxima general que á los estimulos de la gloria y de la infamia, aquel es mas sensible que tiene mas necesidades que satisfacer, y aquel es menos que tiene menos en el mismo òrden: y con esta regla hagamos un cálculo del número de ciudada-

nos que pueden con los espresados estimulos encaminarse á la virtud.

Si hablamos del pueblo en quien consiste el número mayor de ciudadanos, este por la misma constitucion de la sociedad se encuentra incesantemente bajo la dura esfera de las necesidades *reales*. Por este solo motivo los aguijones del *honor* y del *deshonor*, pierden la punta sobre el mayor número de ciudadanos.

Mas ojalà y Dios permitiera que los plebeyos se limitaran y sujetaran à las puras necesidades *reales*: las *facticias* se dejan sentir tambien en ellos con mucha fuerza, porque teniendo ellos continuamente presentes los objetos que las hacen nacer y viendo que otros gozan de ellas, recapacitando en la *identidad* de su naturaleza y en la *igualdad* de condicion, se juzgan tambien dignos de ellas, las apetecen y hacen los mayores esfuerzos para obtenerlas. Este es un mal contagioso: por uno se les comunica á mil: de los órdenes superiores se propaga à los inferiores y penetra por todos. De este modo creciendo desmedidamente el número de las necesidades y siendo por consecuencia mas dificil el contentarlas y satisfacerlas, es necesario que otro tanto menos de fuerza tengan el amor de la gloria y el temor de la infamia.

A esto se puede añadir el que las personas de la plebe nacidas en la miseria, se acostumbran desde sus tiernos años à la voz del *interes personal*, sin darseles la mas mínima pena de aquello que piensen y digan de sus hechos los otros: viven habitualmente en el *desprecio*, y por esto no sienten su *amargo*. Tambien tienen placer en despreciar al *honor* y de insultarlo publicamente para vengarse de este modo del desprecio y abatimiento con que viven sobre la tierra.

La otra clase es de pocos, à quienes no falta lo necesario: estos son mas sensibles que los otros à las necesidades *facticias*, y á ellas dirigen todos sus apetitos: y es indudable que siempre deben conseguir mucho menos que lo que desean; y en consecuencia tambien para estos en el órden de la gloria y de la infamia, poco hay que esperar.

En efecto la falta en las promesas, la mala fe en

los contratos, el reirse de los llantos de los acreedores, el mentir con descaro, las injusticias, las insolencias y el desenfreno, ¿acaso son vicios solamente de la plebe? Los ricos, los poderosos, los señores, generalmente hablando, se creen superiores à la opinion pùblica, como la ínfima plebe se cree dispensada de respetarla. Cuando pasan por las calles se oyen motejar por sus pùblicos vicios y llenar de imprecaciones; pero ellos resisten esto con frente de bronce. Teniendo en sus manos los medios de satisfacer sus pasiones, ellos se rien de todos.

¿Luego para quièn sirve de barrera la opinion pùblica? ¡Humillante verdad! Sirve solamente para aquellos que tienen necesidad de ella para promover el interes de sus pasiones: estos solos la respetan, estos solos se abstienen de lo que puede hacer pensar mal de ellos y afectan y fingen todo lo que saben ser agradable al pùblico. ¿Pero cuál es el resultado de estos abatimientos? Apenas han llegado al tèrmino de sus deseos, se ponen aquella opinion bajo de los pies á la que sirvieron de muy mala voluntad, y gozan desenfrenadamente el fruto de su *hipocresia*. Corre por adagio, *honores mutant mores;* pero esto no siempre es verdad. Las costumbres del hombre exaltado à veces suelen ser las mismas que antes: lo que sucede es que antes de conseguir él aquellos honores, las tenia enmascaradas, porque entonces tenia necesidad de la pública opinion: obtenido ya el fin y hecha ya un instrumento inùtil aquella opinion, se le cae al punto del rostro la mascara y se hace patente su *verdadero caracter*.

CAPITULO XIV.

COMO LA PUBLICA OPINION ES ANTES BIEN CAUSA DE MALES.

Tanto la *gloria* como la *infamia* para hacer impresion sobre el espiritu humano, es necesario que sea *rara*, esto es, que sean pocos los sugetos sobre quienes caiga; porque ciertamente es innegable que entre ambas traen su fuerza de la soberbia como esplicamos al principio. Mas la soberbia no se complace ni

se entristece, sino con un bien ó con un mal que sea raro, pues ella no es otra cosa mas que un sentimiento de *superioridad*. De donde se deduce que à medida que un bien ò un mal es comun à mayor nùmero de sugetos, se disminuye el placer ó el displacer, porque poco á poco se va bajando la idea à proporcion de la pretendida superioridad.

Supuesto esto pregunto, ¿el interes de la sociedad exige que los *virtuosos* sean pocos ó sean en gran nùmero? Seria de desear, se me responderá, que todos los ciudadanos fuesen *buenos*. Luego, replico yo, la opinion pùblica produce este mal porque no puede hacer sino *pocos virtuosos*.

Pero aun en estos mismos pocos que ella gana para la virtud, es causa de muchos males à la sociedad. El hombre cuando se ve alabado, se gloria, se envanece y la idea de su mérito crece en él escesivamente. El està en la tàcita persuacion que la alabanza no debe acabar jamas, y pretende que todos al fijar la vista en èl no deban volverla à otro sugeto, sino tener siempre el microscopio en la mano, conocer su mérito y ver hasta sus mas pequeñas diferencias, y ponerse despues una trompa en los lábios para anunciar sus escelentes cualidades à todo el mundo. Pero como esto es imposible, se juzga èl ingratamente despreciado, y se entristece al punto y se resfria.

Por causa de la misma soberbia se pretenderia à consecuencia de aquella estimacion propia y de las alabanzas de los otros, una serie continuada de *eventos favorabilisimos*. Tambien esto es imposible, y ved otro nuevo motivo de disgustos.

Mas el hombre alabado, es persuadido por su soberbia de haber recibido un pùblico y solemne testimonio de su superioridad. Luego es fuerza que toda comparacion con otro le aflija: que vea con malos ojos á todos los demas que sean igualmente alabados, y que pretenda que todos à èl solo lo veneren y le presten homenage. Esto igualmente es imposible. De suerte que el hombre corrompido por la alabanza, se hace irritable, molesto, arrogante, impertinente, soberbio, envidioso detractor, calumniador ect. Tal es un noble en su fortuna; insufrible à los otros y à sí mismo.

La *ignominia* à ocasiones en lugar de mortificar, desespera al hombre. Algunas veces conduce à la *indolencia*, y esto sucede cuando se ha perdido todo el honor. Comunmente cada uno se consuela con el nùmero de aquellos que se hallan en el mismo estado, y se vigoriza con el ejemplo de ellos á persistir en el vicio.

Consideremos, pues, el mal que hace el que dispensa la alabanza, y quien es su autor. El público es el pueblo, la multitud quien debe juzgar las acciones de los ciudadanos y honrarlas con la *gloria* ó notarlas con la *infamia*. Pero este es un juez ciego por lo comun transportado y voluble. *Ciego* porque no tiene suficientes luces de *derecho* ni de *hecho* para apreciar en su justo valor las operaciones humanas. *Transportado*, como quiera que juzga mas bien por *ìmpetu* que no por *examen*. Y ultimamente *voluble* porque sin ningun motivo cambia su afecto. De aqui se deriva el que no pocas veces corona al vicio con la gloria y cubre de ignominia la virtud; y que cuando hace justicia al verdadero mérito, se empeña despues y tiene gusto en deprimirlo, no por otra razon sino porque un momento antes lo habia exaltado.

Asi la *emulacion* como la *envidia*, no hacen mas que abusar demasiado de los defectos espresados de la multitud para quitar el premio á aquel que es merecedor de él. La misma índole de las acciones humanas les abre el camino. La virtud y el vicio *confinan* entre sí de tal modo, que una accion virtuosa parecerà viciosa con solo un cambiamiento aunque sea ligero. Asi la constancia puede parecer dureza, la comparasion debilidad, la liberalidad prodigalidad, la parsimonia avaricia, audacia el valor, pusilanimidad la prudencia. En cuya virtud es muy facil persuadir en la plebe cualesquiera error, y que grite contra la virtud creyendo gritar contra el vicio.

En mano, pues, de los *aduladores*, la alabanza se convierte en un poderosisimo *veneno*. La adulacion es una alabanza, un signo de aprobacion y de estimacion que se dà liberalmente à acciones viciosas, y que no merecen el ser alabadas. Y asi como cada uno ama la alabanza, asi la adulacion insinuandose poco á poco,

llega finalmente á hacer creer que la tal accion ó la tal cosa, sea digna verdaderamente de alabanza ó que no sea viciosa. Y como la misma naturaleza inclina facilmente al vicio à mas del peso de esta, se agrega la voz y el estimulo de la *adulacion*.

Esta es hija del *interes personal*: ninguno adula si nada quiere. El hombre que es naturalmente soberbio, no se envileceria à adular con las palabras y con los signos esternos à aquello que internamente reprueba, si no fuese porque esto de algun modo debe redundar en su ventaja. Mas este interes personal no puede ser sino muy pernicioso á la sociedad cuando desvia al hombre de la verdad.

Ni debemos persuadirnos de que la adulacion sea un veneno propio de los grandes. Se adulan tambien personas vilísimas cuando se tiene interes para hacerlo, y los grandes por lo regular son los que se humillan con mas bajeza delante de los pequeños cuando alguna vez tienen necesidad de ellos, especialmente para sus vicios.

Nos resta solo hablar del *principe*, el cual estando en un grado en que puede satisfacer todas sus necesidades asi reales como facticias, debe segun la màxima establecida arriba ser muy sensible al estimulo de la *gloria*. A la verdad, que no sin mérito, aconsejan los sàbios políticos que se debe nutrir y fomentar en el principe esta sensibilidad, que puede ser para los sùbditos una fuente de innumerables bienes.

Por otra parte es necesario rogar al cielo que el se conforme con la opinion de los súbditos, esto es, que juzgue laudable ó vituperable lo que es tal en el pensamiento de los súbditos; porque hay un grandísimo peligro, asi respecto de sus personales pasiones, como respecto al oculto interes de aquellos que pretenden adularlo: que no ponga su gloria en gobernar segun el *capricho*, ni dè en la mania de las *conquistas*, ni en las *diversiones frivolas*, ni en otras tales cosas.

No debe omitirse que si los grandes son inclinados y dispuestos à variar la pùblica opinion para hacerla cambiar y modificar á su antojo, esto debe temerse mucho mas del príncipe, el cual puede mejor que ningun otro conseguir el intento. Aquel verso

«*Regis ad exemplum, totus componitur orbis*» contiene una verdad de *razon* y de *esperiencia*.

En vista de lo espuesto calculese, ¿cuànto socorro podrà dar à la sociedad el estimulo de la *gloria* y de la *infamia* que subministra la opinion pública? Yo quiero dejar esta decision á cada uno de mis lectores.

CAPITULO XV.

UTILIDAD DE LA BUENA EDUCACION.

Quien conoce al hombre convendrà facilmente en que la *educacion* sola es mas útil que todos los otros medios unidos igualmente de que hemos hablado hasta aqui. El hombre obra mas por *hàbito* que por *reflexion*, ó para hablar mas exactamente, *el hombre en las circunstancias obra como reflexiona, y reflexiona en conformidad del habito que tiene de reflexionar, y que desde pequeño ha contraido*. Cada individuo se ha formado una manera de pensar y de sentir, un gusto y una propension mas por esta cosa que por la otra En cuya virtud entre las varias reflexiones que en cualesquiera contingencia se le presentan á la *mente*, prevalecen siempre en él aquellas que son anàlogas à su *habitual modo de pensar*; y entre los diversos placeres que le subministran los objetos esternos, por lo ordinario le conmueven mas los que son conformes con su *gusto habitual*.

La educacion no es otra cosa que *una escuela pràctica dirigida al fin de formar el habito*, y por esto justamente se considera como una segunda naturaleza ò como el hàbito mismo que por su medio se forma. Veamos las fuentes de donde este *habito* toma toda su fuerza.

Primeramente. Las *maximas* sobre las cuales està fundado son el continuo ejercicio en un grado de *vivacidad* mayor que cualesquiera otra maxima nueva; por lo cual en la pràctica aquel debe vencer à estas.

Segunda. El apetito corriendo con frecuencia al mismo objeto conserva en una vivacidad predominante la idea del placer obtenido; por lo que en concurso de otro objeto bien que agradable, debe quedar aquel superior.

Tercera. Las fibras del cerebro, los nérvios y los